

Lucy y la moralidad

FRANCISCO J. AYALA

EL PAÍS, 21/05/1994

Lucy fue descubierta en 1974 en Etiopía, el esqueleto casi completo de una adolescente que vivía hace tres millones de años en las estepas africanas. Lucy tenía un metro de altura y un cerebro poco mayor que una pelota de mano, con 300 gramos de peso, menor que el de un chimpancé. De Lucy, o al menos de los miembros de su especie, *Australopithecus afarensis*, descendemos los humanos. Lucy era diferente de gorilas y chimpancés por su postura bípeda, cosa que sabemos por la configuración de sus caderas. Los antepasados de Lucy habían cambiado su estilo de vida, migrando de la selva a la estepa. La postura bípeda evolucionó en la estepa porque permite ver de lejos a los depredadores de los que huir y a las víctimas a cazar, lo que nuestros antepasados podían hacer mejor erguidos sobre las patas traseras.

La postura bípeda fue el cambio clave que llevó al aumento del cerebro y de la inteligencia. Y fue también el cambio clave de donde se origina el sentido moral. Los humanos son definidos biológicamente por su inteligencia, *Homo sapiens*. Otro atributo que nos distingue de los demás animales es el sentido moral, *Homo moralis*. Sólo los humanos evaluamos las acciones como moralmente buenas o malas.

¿De dónde nos viene el sentido moral? Los sociobiólogos responden que el sentido moral, como otros atributos universales de la humanidad, es un producto de la evolución biológica. Estoy de acuerdo, pero no con la explicación que dan.

El comportamiento moral, según los sociobiólogos, está regido por el mismo cálculo de beneficios y perjuicios biológicos que gobierna la evolución de todos los seres vivos. Por ejemplo, ¿por qué se considera virtuoso honrar a los padres y proteger a los hijos? Porque ello, responden, contribuye a propagar los genes del individuo virtuoso.

Un individuo recibe la mitad de sus genes de cada uno de sus padres y pasa la mitad de sus genes a cada uno de sus hijos. Por ello, dicen, la ley inexorable de la selección natural impone sacrificarse por los hijos siempre y cuando el coste del sacrificio sea menor de la mitad del beneficio de los hijos. Lo mismo pasa con otros comportamientos que parecen altruistas. Las acciones que pasan por virtuosas no son sino maniobras destinadas a multiplicar los genes del individuo que las lleva a cabo.

Tal explicación parece descabellada y repudiable por la experiencia personal. Cuando actuamos virtuosamente, lo hacemos porque, es lo que nos dicta la conciencia y no porque hayamos calculado que tal acción es beneficiosa para nuestros genes.

Los sociobiólogos contestan ingeniosamente que nuestra conciencia es un truco de la selección natural, que nos hace creer que las acciones tienen una dimensión moral, simplemente para que actuemos de acuerdo con el interés de los genes. No es que seamos capaces de hacer juicios de valor y actuar con libre albedrío, sino que los genes hacen que lo creamos así para su beneficio.

La sociobiología pretende explicar el sentido moral como producto de la evolución, pero lo que hace, al final, es negarlo.

Existe, sin embargo, un argumento válido que manifiesta que el sentido moral es producto de la evolución biológica. El sentido moral es, como la vista, el oído y otros

sentidos, una capacidad: en este caso, la de juzgar las acciones como virtuosas o reprobables.

La capacidad de hacer juicios morales es cosa muy diferente de los códigos morales, es decir, las normas con arreglo a las cuales decidimos que una acción es buena o mala, como no robar o no fornicar. Uno de los desatinos de los sociobiólogos es confundir el sentido moral con los códigos morales.

El desatino es tan grande como confundir la capacidad de hablar con la lengua que se habla. La capacidad de hablar es un atributo universal humano; que se hable español o inglés depende de circunstancias históricas y geográficas.

Como la capacidad de hablar, el sentido moral es un atributo universal de la naturaleza humana y producto de la evolución biológica. Por el contrario, los códigos morales, como las lenguas, no son producto de la evolución biológica, sino de las tradiciones sociales y religiosas.

Pero el paralelo entre moralidad y lenguaje no debe llevarse hasta el final. El español, sánscrito y maya son lenguas radical e irreconociblemente diferentes (aunque Chomsky y otros estructuralistas proclaman que todos los lenguajes comparten estructuras profundas ineludibles). Los códigos morales varían de una cultura a otra, pero todos los códigos morales tienen mucho en común.

La razón es la siguiente. Un lenguaje es semánticamente arbitrario; no se necesita que haya correspondencia entre la configuración de cada palabra y lo que significa. Por el contrario, las normas morales necesitan conformarse con las necesidades biológicas. Una sociedad que tuviera como mandamiento, por ejemplo, matar a todos los recién nacidos, se extinguiría. Los códigos morales tienen que ser compatibles con las necesidades biológicas, aun cuando no sean dictados por ellas.

¿Cómo surge el sentido moral en la evolución? La selección natural no favorece directamente la emergencia del sentido moral, puesto que el juzgar una acción como buena o mala no tiene consecuencias biológicas, aunque el actuar sí las tiene.

El imperativo a hacer juicios morales se deriva necesariamente de la presencia conjunta de tres atributos: anticipar las consecuencias de las acciones, hacer juicios de valor y el libre albedrío. El primero de estos atributos es el más fundamental, pero los tres requieren la existencia de una inteligencia eminente, tal como se da en los seres humanos y sólo en ellos. Para que una acción sea moral se requiere que el sujeto anticipe las consecuencias de tal acción. Sólo si puedo prever que al apretar el gatillo saldrá la bala que matará a mi enemigo podrá ser calificada de asesinato la acción de apretar el gatillo. Apretar el gatillo no es de por sí un acto moral, lo es por sus consecuencias.

La habilidad de anticipar las consecuencias de una acción es una propiedad estrechamente -relacionada con la de reconocer el vínculo entre los medios y los fines. El medio es medio sólo por el fin al que sirve. Reconocer al medio como medio requiere actualizar mentalmente realidades que no están presentes, los fines. El herrero diseña el cuchillo pensando en la carne.

Las raíces evolutivas de tal capacidad surgieron cuando nuestros antepasados migraron de la selva a la estepa. La postura bípeda había dejado libres los miembros anteriores, que nuestros antepasados utilizaban para construir utensilios.

Pero la construcción de utensilios depende no sólo de la destreza manual, sino también de percibirlos como medios para alcanzar ciertos fines: el cuchillo para cortar, la flecha para cazar. Junto con la destreza manual, evolucionaron el tamaño del

cerebro y la inteligencia, que permitían a nuestros antepasados diseñar utensilios, eficaces para cazar animales más grandes y fuertes que ellos.

La secuencia de relaciones causales es clara. Primero evolucionó la postura bípeda; la cual hizo posible utilizar las manos para construir utensilios; esto llevó al desarrollo de la inteligencia, puesto que traía consigo la capacidad de diseñar objetos cada vez más complejos para propósitos cada vez más remotos. La inteligencia nos da la capacidad de abstracción y, con ella, la de anticipar las consecuencias de nuestros actos.

La capacidad de prever el futuro, esencial para el comportamiento ético, está causalmente ligada a aquel suceso aparentemente inconsecuente, la migración de nuestros antepasados de la selva a la estepa.

Francisco J. Ayala es profesor de Genética y Evolución
en la Universidad de California, Irvine,
y presidente de la Asociación Americana para el Avance de la Ciencia.